La Ciudad de Julio Verne (1)

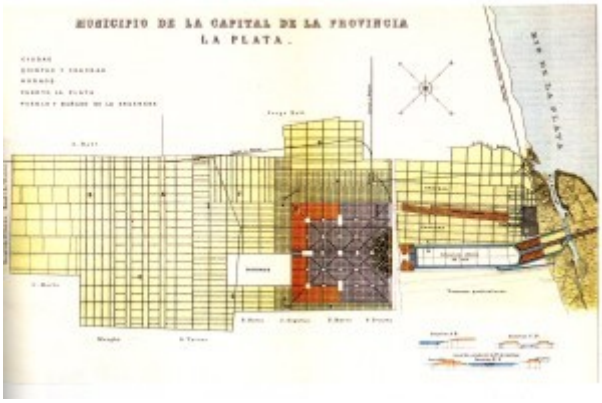
Gustavo Vallejo, arquitecto

Durante las últimas décadas del siglo XIX, la expansión de la modernidad en países Latinoamericanos estuvo signada por la confluencia en el campo de poder de liberales positivistas empeñados en implementar normas de urbanidad entendidas como "avanzadas", desde una perspectiva evolucionista que las asociaba a un amplio proceso civilizatorio desatado en el seno de la cultura occidental. La internalización colectiva de este proceso, que condujo a la aceptación individual del imperio de la ley reemplazando con él a la violencia física como recurso de dominación para inducir pautas de comportamiento, cimentó la hegemonía ejercida en la Argentina finisecular por la "Generación del ´80".

Así y valiéndose del consenso social implícito, una elite de liberales positivistas inició la organización de las instituciones republicanas requeridas para que una nación fuera "civilizada", en lo que constituyó una suerte de "evangelización laica" lanzada desde la ciudad moderna hacia las desintegradas comunidades rurales. Esta tarea basada en un esquema evolutivo que identificaba "barbarie", "civilización" y la necesidad de pasar de uno a otro estadio por medio de la apertura a factores externos -economía capitalista, inmigración europea y cultura metropolitana-, tuvo una relevante manifestación física en el fulgurante origen de la ciudad de La Plata en 1882.

La Plata fue obra de un Estado que, en lo fáctico, buscó concentrar las funciones gubernamentales nacionales en la ciudad de Buenos Aires liberándola de su simultáneo

rol de Capital de la principal provincia argentina, para que éste recaiga sobre la nueva ciudad. Pero fundamentalmente, en el plano cultural, esta acción buscó reproducir las ideas modernizadoras que, desde la gestión gubernamental de Rivadavia en la década de 1820, impregnaban un imaginario progresista de Buenos Aires, al que la pervivencia de intereses tradicionales le impedían alcanzar una clara materialización. En este sentido hacer una "nueva Buenos Aires", y al mismo tiempo trascenderla en modernidad fue la lógica que desde un comienzo se siguió en la fundación de La Plata, a la que su fundador, el Gobernador Dardo Rocha, deseaba verla lo suficientemente cerca de Buenos Aires como para recibir de esa metrópolis sus influjos civilizadores, y al mismo tiempo lo suficientemente distanciada, para asegurar la autonomía de la nueva ciudad en el contexto de un "desierto" sobre el cual esos influjos podrían dar mayores frutos e irradiarse con mayor facilidad.



Comenzaba así a conformarse un programa ideal que tenía claramente definido, a partir de Buenos Aires, semejanzas y diferencias, continuidades y cambios que debían condensarse en la nueva Capital. Un programa portador de la modernidad científica emanada de la realidad metropolitana que elegía el insularismo de su contrastante relación con el "desierto pampeano" para expresar su oposición a las trabas que la naturaleza americana -compuesta por la indisoluble interacción entre geografía y sociedad, según la influyente perspectiva sociobiológica spenceriana- oponía para obstaculizar su consumación. Sustentando el ambicioso y fáustico propósito de sobreponerse a esas trabas, lo que equivalía a decir, transformar en cultura el "primitivismo" de la naturaleza americana, importantes factores concurrieron para acrecentar el poder del Estado hegemónico. Ya en el momento de producirse la separación de la ciudad de Buenos Aires de la provincia que siguió llevando su nombre, se hizo más notorio que la excesiva centralización del país redundaba en la floreciente realidad de la gran ciudad-puerto del Río de la Plata, pero también en el atraso del

restante territorio nacional, incluido el de la propia provincia de Buenos Aires que comprendía buena parte de la llanura pampeana. De ello se desprendía que para llevar a cabo la fundación de La Plata, el Estado se encontraba con una naturaleza "dócil", ya sea por la escasa organización de una sociedad diseminada en poblados que no superaban los cinco mil habitantes y -Remington mediante- recientemente librada de la amenazante presencia indígena, como por la ausencia de grandes accidentes topográficos, naturaleza que constituía entonces una entidad incapaz de alterar planes políticos y urbanísticos respaldados por la disponibilidad de fastuosos recursos económicos y técnicos.

Es decir que una elite esclarecida, recursos económicos y técnicos y en definitiva una gran concentración de poder en el Estado acrecentada por la ausencia de grandes obstáculos naturales en la concreción de sus propósitos, conformaron un cuadro de situación por demás propicio para impulsar una propuesta ideal, que, sin mediaciones, iría desde arriba hacia abajo, desde la norma pública hacia la sociedad que surgiría para acatarla civilizadamente, y fundamentalmente desde la matriz urbana hacia la ciudadanía moderna que buscaba modelarse.

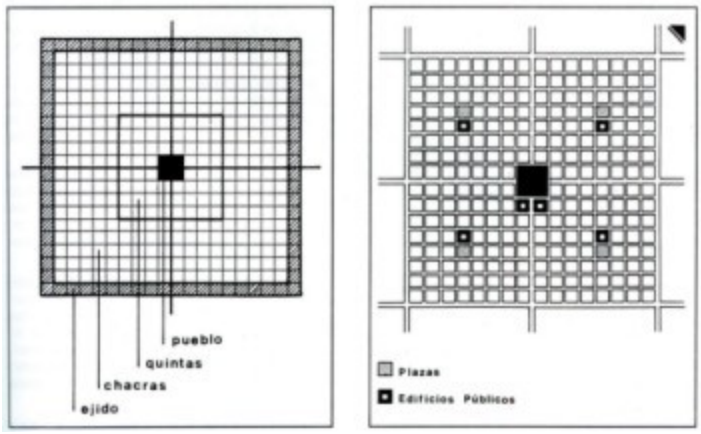
De este modo, Estado y sociedad, forma urbana y comportamientos, entendidos como pares dialécticos condicionantes de las relaciones de poder, encontraban en esta operación una desmedida distancia entre los primeros y los segundos términos de esa polaridad, a la que el género utópico siempre colocó como condición previa para la implementación de un programa ideal. La utopía aquí adquiría la forma de un reformismo filantrópico, sostenedor del liberalismo con sus instituciones reafirmadoras del igualitarismo en lo civil y en lo político -aunque éste último desvirtuado por tres décadas de prácticas fraudulentas-, albergadas en suntuosos palacios que no tenían correlato en la Argentina y en los que quedaban escrupulosamente separados los tres poderes: el Ejecutivo -con sus dependencias ministeriales, la Policía y la Cárcel de encauzados-, el Legislativo -con su novedosa disposición bicamercal- y el Judicial -con su Cárcel de detenidos-. Al mismo tiempo, al temido traslado de ese igualitarismo al plano social, desbordando los límites del liberalismo, era contrapuesta una ilimitada fe en que la ciencia -básicamente representadas en el urbanismo y el higienismo- al servicio de una vía estatalista podía controlar las más graves manifestaciones de las desigualdades, reflejadas en las epidemias, a través de espacios ordenados que redundarían en comportamientos "civilizados".

Esta suerte de utopía tecnocrática, a la que el urbanismo de la Ilustración aportaría su cuota de orden geométrico, regularidad y un conjunto de instituciones iluministas que comprendieron el Observatorio Astronómico, Museo y Biblioteca Pública, englobadas luego en la más moderna Universidad argentina, fue saintsimonianamente identificada con lo bueno que tenía para deparar en Latinoamérica el progreso indefinido por obra de un "capitalismo científico", que inducía a planificar una realidad urbana sin controlar el desarrollo de las disgregantes fuerzas de la economía de mercado, confiando a la ciencia la resolución de los desajustes que se generaran.

Utopía científica

El inusitado progreso material que acompañó la expansión del capitalismo durante el siglo XIX, trajo aparejado inéditos problemas sociales que desbordaron al orden liberal y a un sistema basado en derechos colectivos y responsabilidades individuales, donde las desigualdades, cuando no obedecían a determinaciones de la naturaleza, eran aceptadas y más aún, representaban situaciones éticamente ejemplarizadoras. Los efectos inmediatos de la revolución industrial, reflejados en las masivas migraciones del campo a las grandes ciudades europeas y la irrupción del proletariado como una nueva clase social emergente de la división del trabajo, introdujeron como nuevo y decisivo elemento de consideración, el hecho de que ya no sólo los inválidos y los que no conseguían trabajo, sino también y principalmente una mayoritaria parte de la población que trabajaba en condiciones infrahumanas, veía gravemente amenazada su subsistencia en ciudades frecuentemente devastadas por el azote de epidemias.

Modelo ciudad territorial republicana y modelo urbano. Ley de inmigración y colonización. 1876.



Frente a estas contradicciones que el liberalismo no podía resolver, surgieron utopías optimistas, que, antes que resolverlas estructuralmente o negar los cambios introducidos

por el capitalismo para reinstalar un orden social anterior, transfirieron el problema hacia el futuro, asignándole a la ciencia un papel central en el mejoramiento de los problemas que presentaban las grandes aglomeraciones urbanas.

Es decir que el liberalismo requería de la ilusión futurista que la ciencia introducía en la sociedad para conducir de una manera equilibrada esta era de progreso ilimitado, apoyándose en una perspectiva tecnocrática como la que había llevado a Saint Simón a sostener que "no debía abolirse el capitalismo, sino, al contrario, promover y dirigir su desarrollo para crear una abundancia de riquezas que aprovechen todos", lo que comprendía también la creación de adecuadas condiciones sanitarias para el conjunto de las poblaciones urbanas.

Quizás sea la figura del Doctor Sarrasin la que representa el más acabado ejemplo de los intentos por articular saber científico con poder económico y político a través de una acción filantrópica puesta al servicio de la creación de una ciudad ideal. Para éste médico francés, "entre las causas de la enfermedad, de la miseria y de la muerte", (2) existía una a la cual consideraba "racional" conceder la mayor importancia y era la de "las condiciones higiénicas deplorables en que la mayor parte de los hombres están situados". Tras esta aseveración, Sarrasin comenzaba a fundamentar, en el Congreso Internacional de Higiene de Brighton, su propuesta de destinar una enorme fortuna heredada a la construcción de France Ville "la ciudad del bienestar y la salud". La solución a los graves problemas padecidos por las grandes aglomeraciones urbanas, se hallaba por consiguiente en "el mas poderoso método de persuasión", como lo era "el ejemplo". Y continuaba preguntando ante sus pares, los más notables científicos del mundo: "por qué no reunimos todas las energías de nuestra imaginación para trazar el plano de una ciudad modelo, sobre bases rigurosamente científicas?"(3). Esta "ciudad modelo", que, recreando la convicción sainsimoniana de que el "nuevo mundo" era el sitio de las utopías, habría de ser levantada en el territorio americano, sobre una extensa llanura despoblada, poseería una "traza regular" con calles numeradas, cruzadas en ángulo recto y de las que, cada medio kilómetro, se diferenciarían algunas mas anchas con el nombre de paseo o avenida, arboladas y con jardines públicos en sus intersecciones.

La imaginación de Julio Verne excediendo el marco de la trama de una novela -en este caso *Los quinientos millones de la Begún* (1879)- tendría, como en muchas otras oportunidades, ribetes altamente anticipatorios. Recurriendo a características formales que evidenciaron muchas afinidades con aquellas de las que se había valido el

imaginario personaje verniano para llevar a cabo una obra filantrópica, La Plata surgió con el fin de "Dardo Rocha de realizar la utopía científica de Julio Verne", tal como lo sintetizaba *El Nacional*.

"La ciudad de Julio Verne" se convirtió así en una temprana imagen prescriptiva de lo que debía ser La Plata, pero más aún, fue un estigma que acompañó el carácter fáustico que tuvo la gestación de la "nueva Capital", abriendo ilimitadas expectativas en relación a un destino que, como la carrera política de su fundador, llegó a creerse que sólo circunstancialmente se limitaba a la égida provincial. También a ese estigma recurrieron periódicos de Buenos Aires para elogiar tanto como para desautorizar la empresa de Rocha, y luego el incipiente espacio socio-cultural local a menudo lo utilizó para autorreferenciarse, encontrando allí un elemento identitario que daba cuenta de la singularidad de esta creación *ex novo*.

El conocimiento de las ideas higienistas expresadas en aquella novela utópica por la elite dirigente que creó La Plata fue casi inmediato, contribuyendo a ese fin la publicación, también en 1879, de *Buenos Aires en el 2080*, un texto de anticipación escrito "a la manera de Julio Verne", por Aquiles Sioen, un periodista francés que arribó a Buenos Aires ese mismo año.

Tematizando situaciones irreales pero no por eso inimaginables, y planteando de ese modo lo deseable dentro de aquello que efectivamente era imaginable, estas utopías tuvieron un carácter predictivo de lo que, con una favorable coyuntura y fundamentalmente con una gran concentración de poder en un Estado planificador, podía ser realizado satisfaciendo en forma ideal las que ya eran reconocidas como grandes necesidades urbanas. Y precisamente fue en la fundación de la "nueva Capital", donde creyó haberse encontrado esa favorable coyuntura y la necesaria concentración de poder para materializar una iniciativa propia de textos fantásticos, al presentarse una irrepetible situación en la que se articulaban intereses de carácter político-administrativo con otros que trascendiendo al plano simbólico se dirigían a dar muestra de los progresos alcanzados por el pueblo argentino a partir de la asimilación de la cultura europea, y que se veían solventados por una fabulosa suma -como la que había recibido el personaje de la utopía verniana- que la Provincia recibía de la Nación.

No eran pocos los elementos que permitían establecer una directa asociación entre una ciudad que nacía a partir de una planificación ideal y la utópica France Ville. De hecho La Plata fue vista como una utopía por quienes en los momentos previos a su fundación denostaban la empresa de Rocha considerándola desmesurada, dado que no veían en

ella más que injustificados deseos de materializar una ciudad extraída de una novela de Julio Verne. Sin embargo, rechazando esa despectiva caracterización dada a un emprendimiento considerado irrealizable, poco después del simbólico acto fundacional del 19 de noviembre de 1882, comenzó a utilizarse con otro sentido la confrontación entre el discurso ficcional y la realidad, ahora emergente. Es decir que si, como se ha señalado, la utopía reproduce la actitud del científico que sigue las etapas de observación, hipótesis y experimentación, aunque deteniéndose en la segunda, el programa urbanístico montado en La Plata, para dar materialidad a "la ciudad de Julio Verne", reproduciendo los influjos civilizadores de Buenos Aires y a su vez trascendiéndola en modernidad, pareció poder alcanzar aquella última etapa, por lo que, de aquí en adelante pareció encontrarse mayor asidero en el calificativo de "utopía científica", como pasó a llamarlo el periódico *El Nacional* en 1884.

Años más tarde, el Presidente de la delegación argentina en la Exposición Internacional de París de 1889, Santiago Alcorta, hacía saber en su Informe, las repercusiones que había tenido La Plata, cuando, al ser presentada en ese evento a través de un plano catastral, veinticinco fotos de sus principales edificios públicos y un texto de Emilio Coni, asumió honrosa el calificativo de "la ciudad de Julio Verne" para sorpresa de los asistentes, entre los que se contaba el propio Verne en su faceta "urbanista". Vale recordar que desde 1888 Verne era Consejero Municipal de Amiens y promovía reformas urbanas que estaban en sintonía con planteos formulados en su France Ville, pero que también buscaron alinearse con los moderados en su lucha contra el socialismo y el radicalismo, desligándose rápidamente de la lista "ultra roja" que integró para acceder a ese cargo, sobreponiendo a las pasiones políticas una "científica" y por eso incuestionable "fachada" de urbanista.(4)

Pero más allá de los notables paralelismos con el fantástico universo verniano, La Plata en sí era una utopía en el más estricto sentido etimológico del término que Tomás Moro creó, con la obra publicada en 1516, a partir de la conjunción de los vocablos griegos *u* (no) *topos* (lugar). En efecto, La Plata nació como un "no lugar" constituido por ideas y abstractas formas geométricas volcadas al papel por proyectistas que desconocían la localización geográfica que finalmente habría de tener aquello que sería la "nueva Capital". Esta situación se evidenció ya en las primeras acciones con las que, al asumir sus funciones como Gobernador de la Provincia el 1º de mayo de 1881, Dardo Rocha puso vertiginosamente en marcha la "cuestión Capital" a través de tres decretos firmados en forma casi simultánea. Por el del 4 de mayo fue creada una Comisión abocada al estudio de los posibles emplazamientos, que además de contar con miembros del Congreso y del Ejecutivo Nacional; estaba integrada por destacados representantes del saber médico. El 6 de mayo se conformó otra Comisión, a la que se le encomendó la organización de un Concurso Internacional para la realización de los principales edificios públicos, y que también contó con un médico entre sus integrantes, y el 7 de mayo se le encargó al Departamento de Ingenieros, dependiente del Ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires, el trazado urbano, los planos y el presupuesto de las obras de salubridad, como así también el proyecto de los edificios públicos no comprendidos en el citado Concurso.

El desconocimiento, tanto de las características físicas que tendría la "Nueva Capital", como del lugar en el que se emplazaría, no hacía posible que las bases preparadas por la Comisión encargada de la realización del Concurso internacional -elevadas el 1 de junio de 1881 y aprobadas con gran celeridad por las autoridades dos días después-, fueran mucho mas allá de las someras referencias e indicaciones que podían darse en ausencia del *topos*: cada edificio se levantaría en una manzana cuadrada de unos cien metros de lado, rodeada por calles de veinte metros, y todos ellos, con excepción del templo, deberían tener grandes patios interiores, vestíbulos y dependencias comunicadas por galerías.

La misma incertidumbre que reflejaban las bases del Concurso internacional, se manifestaba también en el encargo del trazado urbano, donde se solicitaba que fueran incorporadas las más recientes recomendaciones de la higiene y del saber médico. En él los proyectistas del Departamento de Ingenieros trabajaban sin conocer más indicaciones que las emanadas del citado decreto del 7 de mayo de 1881, que exigía consultar "al mismo tiempo que la comodidad de los habitantes, la posibilidad de

mantener la higiene, en cuanto lo permitan los últimos adelantos científicos y la belleza de sus calles y plazas".

De manera que, más allá de los intentos por articular las diferentes tareas a través de las funciones de ciertas figuras polifascéticas -el caso de Pedro Benoit, es el más representativo de ello-, no pudo evitarse que aún después de seleccionados y premiados los principales edificios públicos en dicho Concurso, se desconociera la ubicación que ellos -como otros edificios ya proyectados- tendrían dentro de un trazado urbano todavía no definido y que los técnicos del Departamento de Ingenieros que trabajaban bajo las órdenes de Pedro Benoit en el diseño definitivo de ese trazado, ignoraran también el punto geográfico en el que se levantaría la ciudad que proyectaban.

La "nueva Capital" tuvo por lo tanto las primeras prefiguraciones de la arquitectura monumental del poder público, luego su nombre -surgido del lema de uno de los trabajos premiados-, más tarde los esbozos iniciales de lo que sería su trazado urbano, antes de que finalmente quedara definido su *topos*, en las Lomas de la Ensenada de Barragán, próximas a un puerto ya existente y distante 60 kilómetros de la ciudad de Buenos Aires.

En la resolución de la localización geográfica, Rocha buscó demostrar su más absoluta confianza en la ciencia, representada por la Comisión que conformó con prestigiosos higienistas el 4 de mayo de 1881, atendiendo así un clima de época que parecía propiciar la formación de una sociedad gobernada por quienes detentaban los mayores conocimientos útiles a la salubridad en las ciudades. Este último criterio era el que había llevado a Verne a imaginar la forma en que un médico a través de una herencia podía salir del ostracismo del trabajo en el laboratorio para volcar sus conocimientos en beneficio de toda la sociedad, en una positivista reelaboración de la platónica figura del filósofo-rey que articula las nociones de higiene y saber científico con la idea de poder, contenida en un discurso que no era completamente ficcional: con Sarrasin, Verne aludía al médico, estudioso de los problemas sociales, Benjamin Ward Richardson, creador de *Hygeia*, propuesta de ciudad ideal basada en un esquema higienista que fue presentado precisamente en el Congreso científico de Brighton de 1875. *Hygeia* fue publicado al año siguiente, y en ese texto Richardson expresaba su objetivo de crear una ciudad "dirigida por el conocimiento científico", que "se aproximará grandemente" al ideal de los resultados sanitarios, "si no se logran plenamente, en una coexistencia del índice más bajo posible de mortalidad general con la máxima longevidad individual factible"(5). Continuando con una línea de pensamiento representada en Inglaterra por

Edwin Chadwik y el grupo *Philosophical Radicals* encabezado por Jeremy Bentham, la propuesta de Ward Richardson, que desde el nombre mismo relacionaba su ciudad ideal con la noción de higiene, es demostrativo además, de la evolución que había experimentado este concepto.

Hacia mediados del ochocientos el saber científico, encontró en la noción de higiene una manera de sintetizar el conjunto de acciones que desde el poder público debían ser impulsadas para asegurar el mantenimiento de la limpieza en todas sus formas. Así, el término higiene, que con sus equivalencias tenía una larga existencia aunque sólo en algunas lenguas -la Real Academia Española recién lo incorporó en 1843- de adjetivo que calificaba la salud -en griego *hygeinos* significa lo que es sano-, pasó a ser un nuevo saber ocupado del conjunto de dispositivos y conocimientos que favorecían su mantenimiento con el fin de reducir la mortalidad y extender la vida del hombre, como lo propugnaba Ward Richardson.

Con la proliferación de estudios sobre las condiciones sanitarias de la población, el saber científico parecía reclamar "todo el poder para la higiene", coincidiendo con el utopismo verniano en la idea de crear un Estado gobernado por "sabios en pro de la salud". Los crecientes reclamos en este sentido, volvieron al Estado cada vez más permeable al avance de la higiene que terminó constituyéndose en una fuente de legitimación de todas sus acciones: incluso para el propio Rocha, frente a las duras críticas que generó la decisión de crear una ciudad *ex novo* rechazando la idea de instalar la "nueva Capital" provincial en una localidad ya existente, hacerlo bajo los designios de la higiene, volvía mucho más "razonable" a su emprendimiento, invistiéndolo de una indiscutible legitimidad científica.

Circulación y aireación en el pensamiento ilustrado

En el urbanismo decimonónico, el núcleo central de las ideas de la Ilustración encontró una importante vía de canalización de su preocupaciones dirigidas a alcanzar el máximo conocimiento científico de la naturaleza para someterla a las radicales transformaciones que inducía una ética universalizadora basada en la utópica formulación de lo que debía ser el orden social y territorial ideal, para dirigir hacia esa dirección las modificaciones sobre la realidad percibida. Ética y ciencia se conjugaban así en una lógica que pretendía comprender la naturaleza para controlarla, colocando los conocimientos que surgían de su estudio al servicio de un sistema emergente de las instituciones cultoras de

la razón que se gestaban en la ciudad moderna, y que se encargarían de ejercer un orden disciplinador sobre el territorio, funcional a la implementación de formas de convivencia civilizada entre los miembros de una comunidad.

Dentro de este marco de ideas y a tono con el auge alcanzado por las ciencias encargadas de estudiar la naturaleza, un urbanismo orgánico que emergió en el siglo de las luces, interesándose especialmente por aplicar en la ciudad las ideas que transformaron la consideración del cuerpo humano a partir del descubrimiento de la circulación de la sangre realizado por William Harvey en 1628.(6) La nueva teoría circulatoria, coincidente con el surgimiento del capitalismo moderno, permitió establecer una directa asociación analógica del movimiento en la ciudad, ya sea de personas o bienes como planteaba el nuevo sistema económico, con el modo en que circulaba la sangre en el cuerpo a través de venas y arterias. Un paso más adelante lo dio Ernst Platner vinculando la circulación con la experiencia ambiental, al considerar que la sangre era al cuerpo lo mismo que el aire a la ciudad, requiriendo ambos organismos la circulación de los respectivos fluidos para mantener la vida.

La teoría circulatoria no se contrapuso a la vieja creencia hipocrática, por la cual se atribuía la transmisión de enfermedades a la formación de "miasmas", que se propagaban por el aire hasta introducirse en los cuerpos a través de la respiración y de la permeabilidad de los poros. Por el contrario el pensamiento ilustrado elevó aquellas consideraciones a un status científico en el que ambas quedaron articuladas dentro de la noción de higiene. Luego de que en la *Enciclopedia* (1765), la voz "Higiene" advierta que "ningún elemento condiciona nuestro cuerpo más que el aire, pudiendo dañar a todos, por su propia impuridad y otras calidades defectuosas"(7), tras alcanzar su consolidación disciplinar, el higienismo, se valió de la teoría circulatoria para combatir los aires "malsanos" que provocaban las epidemias de las ciudades, a través de medidas que favorecían la circulación de las corrientes de aire puro necesarias para que aquellas pudieran ser expulsadas. Amparada en estas de ideas, la más sólida explicación científica del origen de la epidemia de fiebre amarilla, que en 1871 azotó a Buenos Aires, atribuyó su origen al envenenamiento del aire a través de depósitos de residuos ubicados en el Sudeste de la ciudad, desde donde salieron los "gases nocivos" que el viento Pampero se encargó de arrastrar hacia la población.

La creencia de que ningún elemento condicionaba ni podía dañar a los cuerpos más que el aire "malsano", ya habían motivado la aparición del ventilador: su invención data de 1741 cuando Stephen Hales se propuso renovar en gran cantidad el aire de los mineros,

de los prisioneros, de los hospitales, de los baños penales y de los navíos. Asimismo en 1759, Duhamel du Menceau, en *Medios para mantener la salud de la tripulación de las naves*, reunía diferentes experimentos sobre sistemas de circulación de aire, como los que buscaron ser trasladados directamente a la ciudad adoptando en París la forma de proyectos de máquinas de ventilación con la forma de inmensas aspas de molinos para ser ubicadas en los cruces de las calles principales.(8)

Una medida más concreta, resultó ser la eliminación de las fortificaciones en los viejos centros urbanos, llevada a cabo en la mayor parte de la ciudades europeas durante el siglo XIX como también en la la utópica "Ciudad Linda", de *Buenos Aires en el 2080*, que "en vez de hallarse rodeada de baluartes como las ciudades antiguas", poseía "en toda su circunferencia, una ancha galería elevada en la que circula aire fresco".(9) La transformación de baluarte en avenida, fue la que dio origen al boulevard, cuya denominación deriva del alemán *Bollwerk*, que precisamente significa baluarte y alude a los paseos arbolados que inicialmente se implantaron sobre las antiguas murallas. (10) La evolución de aquellos espacios realizados con fines militares hasta verse convertidos en paseos, entendidos en gran medida como instrumentos de defensa higiénica, se asentaba también en una reconsideración del sitio en el que se hallaban los mayores peligros para la sociedad.

La convicción de que las sociedades modernas debían protegerse de enfermedades epidémicas antes que de ejércitos invasores, era la que llevaba a Sioen a avizorar en el siglo XX una sociedad en la que los "héroes modernos" dejaban de ser militares, y ese lugar ya no lo ocupaban los que ganaban batallas sino aquellos que eran capaces de librar a los pueblos de epidemias, en homenaje a quienes se levantaban nuevos arcos de triunfo. Estas reflexiones volvían sobre el discurso verniano, que proponía, en lugar de gastar millones en "mantener locas guerras", (11) destinar ese dinero en levantar ciudades que fueran modelos de higiene, dentro de un par dialéctico y antitético definido por las nociones de salubridad y militarismo, que tenía a France Ville, el paradigma de limpieza moderna, confrontada con Sthaldstadt, una ciudad militar gobernada por un alemán obstinado en destruir el proyecto filantrópico de Sarrasin.(12)

Introduciendo las organicistas preocupaciones circulatorias, que apuntaban a favorecer la aireación de los espacios -aunque sin desestimar la incorporación del elemento arbóreo, como algunos higienistas locales llegaron a reclamar para eliminar interferencias a las corrientes de aire-, La Plata nacía con vías de comunicación rectas y amplias, donde, a los ya largamente conocidos recursos proyectuales de la ciudad

indiana, sobreimprimen las ideas de la Ilustración sus propósitos higiénicos que trascienden también al plano estético y simbólico.

El trazado urbano

En sus características formales, el trazado de La Plata continúa una tradición de ciudades fundadas en Latinoamérica según indicaciones condensadas en las Leyes de Indias, que, con pocas alteraciones, perduró luego de la constitución de la Argentina como nación independiente en las propuestas urbanas con las que el Departamento Topográfico y más tarde el Departamento de Ingenieros, crearon una inconfundible marca "civilizatoria" que acompañó la expansión de la frontera con los indios. Esa matriz resultante, que con la simple redefinición de las exiguas dimensiones comúnmente utilizadas en el trazado de calles, también se mostraba adecuada para satisfacer las nuevas exigencias higiénicas de una ciudad moderna, podría verse sintetizada en un cuadrado, dentro del cual se extendía una cuadrícula hippodámica que enfatizaba la centralidad por la disposición de la plaza principal -referente que originariamente había servido para extender el resto de las calles a regla y cordel-, y cuya orientación general a medio rumbo, al convertirse en el habitual *modus operandi* de numerosísimas fundaciones realizadas durante el siglo XIX, dejó, por su progresión, una impronta a escala territorial en la traza, girada 45º respecto a paralelos y meridianos, que divide a la mayoría de los partidos de la Provincia de Buenos Aires.
Sin embargo, la primera particularidad que ofrece La Plata respecto a esa matriz "indiana", está dada por la diferenciación entre vías de comunicación primarias y secundarias, que tenía, dentro de esa tradición, elementales antecedentes en la jerarquización de dos ejes perpendiculares intersectados en la plaza principal -los romanos *cardo* y *decumanus*-, presentes tanto en la Amauroto de *Utopía* -donde uno de los ejes era navegable-, como en el esquema teórico contenido en las indicaciones urbanísticas de la Ley nacional de Inmigración y Colonización sancionada en 1876. Sin embargo la progresión de esa diferenciación, a través de un sistema de alternancia de vías, introduce, mediatizado por el ejemplo de France Ville, la concepción organicista del urbanismo de la Ilustración que terminó por convertir calles y avenidas en venas y arterias, tal la denominación dada por Christian Patte, dispuestas de manera acorde a la circulación de aire y de individuos que debían canalizar.

Hacia esa dirección apuntaron las indagaciones del prestigioso arquitecto argentino, Juan Martín Burgos, formado en la Academia San Lucas de Roma, quien a modo de espontánea contribución personal diseñó un trazado para la "nueva Capital de la Provincia de Buenos Aires". Su propuesta, publicada por *El Nacional* en abril de 1882 y convertida luego en un folleto que rápidamente llegó a manos de las máximas autoridades, consistía, como Amaurouto, en un cuadrado con calles separadas a igual distancia y dos avenidas centrales que la dividían cuatro sectores, aunque agregándose, con respecto a aquel esquema, dos diagonales principales que unían sus vértices y otras cuatro secundarias que formaban en su interior un cuadrado girado a 45º. El autor de esta propuesta, en la que no resulta difícil hallar analogías con el "proyecto para una nueva Capital" que dentro del proceso de unificación de Italia realizó en 1863 Tettamanzi y que el mismo Burgos debió conocer durante su estadía en Roma, justificaba en su memoria el uso del "sistema de calles rectas y perpendiculares unas a otras", en el hecho de que, cualquier otra traza además de ofrecer serias dificultades a la subdivisión del terreno y al tránsito, "no permitiría la fácil ventilación que es el fundamento de la salubridad de las ciudades". Entre las otras trazas que atendiendo las recomendaciones de Burgos, el Departamento de Ingenieros desecharía, se hallan los primeros anteproyectos inspirados en la barroca ciudad de Karlsruhe (1715), de la que se retomaba su forma estelar con calles radiales y anulares para superponerla sobre una trama ortogonal.

Las mismas reelaboraciones verificables en el proceso seguido por el diseño para el trazado de la "nueva Capital de la Provincia de Buenos Aires", iniciado con la casi indiferenciada cuadrícula del proyecto de Burgos, que el Departamento de Ingenieros complejizó con un sistema de avenidas sucedidas cada 6 manzanas cuadradas de 120 metros de lado, repetidas otras 6 veces en ambos sentidos, tendieron luego a optimizar la circulación de aire, al decidirse por "conveniencia higiénica aumentar el número de calles en la parte central donde la mayor densidad de población lo hace necesario". Este propósito se vio reflejado en la forma adoptada en el proyecto del Departamento de Ingenieros que el Gobierno de la Provincia aprobó el 5 de junio de 1882 -aunque condicionando a la realización de modificaciones que contemplaran la incorporación del Bosque existente en el sitio escogido por Rocha sin el conocimiento de los proyectistas de la traza-, al considerar que atendía "todas las necesidades de belleza, comodidad e higiene", y en los que le sucedieron hasta constituir la traza definitiva. Como consecuencia de esta preocupación "higiénica", el eje principal, que corre de sudoeste a

noreste para prolongarse luego hasta el Puerto de Ensenada, quedó conformado a partir de la inversión en la relación de vacíos y llenos, esto es del reemplazo de la avenida que existiría de mantenerse la secuencia del resto de la composición -avenida 52-, por la introducción de una fila de manzanas entre las que se hallarían las destinadas a los principales edificios públicos, posibilitada por la reducción en esa sección central de la separación de las calles -decreciente de 120 a 60 metros- desde las Avenidas 44 y 60 hasta las Avenidas 51 y 53, conformadoras de dicho eje, para introducir más calles que aseguren la aireación en el sitio de la ciudad en el que concentraría la mayor densidad habitacional. Ahora bien, sobre esta matriz básica se superpone otra constituida por un sistema de diagonales que conformaban una red de arterias articuladas con las avenidas y con un sistema de plazas y parques dispuestos a modo de pulmones de la ciudad.

En la concepción organicista del urbanismo, preocupado por crear un sistema de venas, arterias y también pulmones, el movimiento de aire y de personas- se convirtió en un fin en si mismo. Si como dice Sennett, estas ideas podían verse reflejadas ya en Karlsruhe -aunque en sus arterias anulares los higienistas locales veían serios obstáculos para las corrientes de aire- y en la propuesta originaria para Washington de 1792 de Pierre l ´Enfant y en los primeros bulevares parisinos; también originaron en la ciudad de Buenos Aires durante la década de 1820 el primer bulevar de circunvalación (avenidas Callao-Entre Ríos) y un sistema de amplias arterias (avenidas San Juan, Independencia, Rivadavia, Corrientes, Córdoba, Santa Fe), y poblaron planteos utópicos como el de la ciudad que Ettienne Cabet imaginó en *Viaje a Icaria* (1840), compuesta de una sucesión de calles "rectas y anchas" entre las cuales se distinguían las "que se comunican con las plazas", que además se hallaban plantadas de árboles. La preocupación higienista por alentar la circulación misma por sobre el interés estético de conectar episodios urbanos singulares, dio lugar al esquema formal sobre el que se basó France Ville, "la ciudad de la salud y el bienestar", donde las plazas ya no son el punto de llegada sino en todo caso una pausa, salubre y agradable a ser bordeada o atravesada en un recorrido que debía continuar sin interferencia alguna. Ese fue el sentido que adquirió en La Plata, una matriz compuesta de 23 parques y plazas interconectados por bulevares arbolados presente ya en la propuesta preliminar del Departamento de Ingenieros.

Vale decir que si en el París de Haussmann la herencia del urbanismo barroco inducía a seguir pensando en la circulación como un el avance hacia un destino monumental, poniendo en valor instituciones representativas de los ideales de la razón, en el caso de La Plata, la ausencia de focos de estas características, no impide ver la perduración de

los ideales de la Ilustración, que, en la exacerbación de los propósitos higiénicos de favorecer una circulación -de aire y de la economía capitalista-, que no debía ser interrumpida para evitar crisis análogas a las que se producen cuando la mecánica sanguínea se obstruye en una arteria, se hallan en el mismo sistema circulatorio. La impronta de la Ilustración no debe buscarse entonces en perspectivas resaltadoras de las instituciones republicanas instaladas en La Plata, sino en la estética resultante de la circulación, cuya densidad de elementos compositivos, la hace partícipe de un sistema de signos traducibles a simbologías con claras alusiones a ese pensamiento: no es aventurado asociar a una escuadra intersectada por un compás, la figura que conforman las diagonales 73, 79, 74 y 80, y 77 y 78 respectivamente, si tenemos en cuenta el papel preponderante que en la generación del ´80 ejerció la Masonería, institución emergente en gran medida del pensamiento de la Ilustración, que impulsó los ideales de la razón y adoptó como símbolo principal a esos instrumentos de diseño, gestadores de las formas básicas del trazado de La Plata (el cuadrado, la cuadrícula, las diagonales y las media y cuarta circunferencias). Mientras la escuadra simboliza la acción del hombre sobre la materia y la organización del caos, el compás es el símbolo de lo relativo, al medir el mayor dominio que puede alcanzar el genio humano, representado por dos ramas que surgen de un único punto. Ambos instrumentos, en los que las grandes nociones gestadas en torno a la revolución francesa encuentran un medio para ser trasladadas a la construcción de una *polis* ideal, generan a través del trazado de formas estrictamente igualitarias, una geometría controladora de la naturaleza que es "el lenguaje de la razón en el universo de los signos".(13)

Sobre esa traza, una estética general republicana sólo reconoce diferencias entre el poder público -concentrado principalmente en el eje principal de las Avenidas 51 y 53- y la edilicia privada, por la altura de los edificios y su disposición en las manzanas: los primeros de grandes proporciones se retiran de los bordes de la manzana que ocupan individualmente para dejar jardines perimetrales, en tanto que la segunda de no más de dos niveles se sucede en frentes continuos que conforman un homogéneo tejido. En esta distinción basada en la idea clásica de "carácter", elaborada a mediados del siglo XVIII como la contraparte artística de la clasificación de seres por su caracterización externa hasta llegar a la tipificación por géneros, especies y familias que realizaba la biología, (14) asume en el paisaje urbano de La Plata, las formas contrastantes de lo público y lo privado, que debían ser fácilmente percibidas por el ciudadano común a partir del efecto

que produciría el "carácter" de edificios insertos en una matriz conformada por un igualitario sistema de arterias y venas abastecedoras de corrientes de aire.

El trazado de La Plata enfatiza así características que la vuelven por sobre todas las cosas una ciudad circulatoria, donde la monumentalización del poder público no pasa de ser una distinción estética y volumétrica que en modo alguno debía interferir un igualitario movimiento, reflejado en perspectivas infinitas sólo interrumpidas por la "natural" presencia del Paseo del Bosque.

Los beneficios higiénicos que reportaban la aplicación de estas ideas organicistas en La Plata eran sintetizados por uno de los primeros médicos instalados en esta ciudad, (15) para quien la nueva ciudad "por sus hermosísimas calles y anchas avenidas que la cruzan en todas direcciones, está por ese sólo hecho, en mejores condiciones que cualquiera otra ciudad de Sud-América, respecto a ese grande e indispensable requisito para la higiene pública (...). De esa manera las corrientes impulsivas de las grandes masas de aire, facilitadas por grandes aberturas a todos rumbos, la recorrerán en todas direcciones".(16)

Si bien los descubrimientos de Louis Pasteur y Joseph Lister relativizaron un tanto la importancia de la aireación de los espacios, al conocerse que eran microbios, no aires malsanos, los que transmitían enfermedades, el paso de una a otra teoría higienista, de la hipocrática a la microbiana, no modificó la utópica fe en que la ciencia podía garantizar el funcionamiento armónico de una ciudad planificada, donde a la economía de mercado, como las vías circulatorias de la ciudad por razones de higiene, el liberalismo imperante no le oponía interferencia alguna. Estas ideas imbuidas de saintsimonianos preceptos que, como en la utopía verniana, parten del sustrato filantrópico del saber médico y se valen de un ingeniero heroico que garantiza la concreción del emprendimiento, sobrevuelan en la nueva Capital de la provincia de Buenos Aires, y se prolongan en la fundación de Belo Horizonte basada en un programa que asocia a ambas ciudades, tanto por sus características formales como por la búsqueda de integrar cultura metropolitana, economía capitalista y saber científico a regiones atrasadas de esta parte del continente. Dentro del proceso de modernización que iniciaron Argentina y Brasil a fines del siglo XIX, utopía científica e ilustración, tuvieron entonces una común manifestación material en las casi contemporáneas creaciones de La Plata y Belo Horizonte, a cargo de "heroicos" ingenieros Pedro Benoit y Aaráo Reis, donde el inicio de las tareas de éste último recabando a distintas autoridades información de las ciudades del "Plata", coincidió en 1894 con la elevación al rango de Intendente

Municipal del primero. Lo efímero que resultó esa actuación política de Benoit en La Plata, no es ajeno al debilitamiento del poder efectivo de la ciencia -desacreditando las predicciones saintsimonianas y vernianas en relación al surgimiento de un "capitalismo científico"-, como también de toda instancia encargada de armonizar orden, belleza y salubridad. Mientras el *laissez faire* paralelamente promovido a la planificación inicial fue dejando su impronta disgregante en la realidad material; la ciudad resultante transfirió la utopía fundacional del ejercicio del poder a un imaginario colectivo constituido por retrospectivos y prospectivos registros de interpretación. Por un lado una nostálgica apelación a la "edad dorada", contribuyó a aumentar la percepción de cualidades perdidas en el devenir de la ciudad, donde su emergente entidad sociocultural fue conformándose en la autoresponzabilización de no haber sabido vivir en la ciudad ideal que le fue asignada. Y por otro lado la utopía estimuló hacia el futuro sucesivos esfuerzos "refundacionales", que incluyen hoy gestiones dirigidas a "revalorizar la gesta fundacional", impulsando un reconocimiento como Patrimonio cultural de la Humanidad por su trazado y los edificios públicos que aún se conservan, que no logra disimular las graves falencias en su ordenamiento y salubridad que aparecen más allá de los bulevares que cercan el trazado y el discordante paisaje que dentro de ese trazado presenta la desregulada edilicia privada.

El devenir de La Plata parecía no poder desligarse de una relación analógica con aquella "ciudad de la salud y el bienestar", que afloró en el cincuentenario de la fundación de La Plata, a través de exultantes miradas retrospectivas lanzadas desde un momento en el que podía constatarse la concreción de una ciudad con características bastante cercanas a las prefiguradas utópicamente en el proyecto fundacional. "El día que se colocaba la piedra fundamental, no eran pocos los que exclamaban: La Plata será un mito, una ciudad de Julio Verne. Ni en 50 años de esfuerzos y sacrificios, llegará a ostentar formas de una ciudad. Los que no expresaban este pensamiento, guardaban prudente silencio. Seis meses después, las calles del lugar desmantelado, estaban delineadas. Se abrían los cimientos de los grandes palacios. Un año más tarde, el campo desolado lo ocupaba una aldea. Población definida de obreros, jornaleros, empleados y comerciantes. A los dos años de la fundación, cuando aún estaban frescas las emociones de aquellas risas irónicas y de aquellas mofas de los descreídos, la aldea se había convertido en un pueblo importante de 30.000 habitantes, floreciente y ávida de porvenir. Los 50 años han llegado y la ciudad de Julio Verne es un arquetipo de ciudad, la más hermosa de las urbes argentinas. La fábula que imaginaban los escépticos, a los

50 años de esfuerzos y sacrificios, es algo más que una forma de ciudad: es el prodigio real de la argentinidad". (17) "La ciudad de Julio Verne" permanecía aún en 1932 en un imaginario colectivo que seguía identificando en ese texto fantástico, articulador de la higiene, el poder científico y las ideas de la ilustración, a la más representativa alusión al origen de La Plata y a un devenir que permitía entonces demostrar a los "más descreídos" que la utopía podía volverse realidad. Algo que quizás hoy sea bueno recordar.

(1)- Este Trabajo fue presentado en el Concurso de Ensayos "La Plata Patrimonio Cultural de la Humanidad, organizado por la Municipalidad de La Plata y Fundación CEPA, en octubre de 1998, obteniendo el 1º Premio.

(2)- Julio Verne; *Los quinientos millones de la Begún (1879)*, Editorial Sopena, Barcelona, 1933, p.30.

(3)- *Ibidem.*

(4)- Ver Miguel Salabert; *Julio Verne. Ese desconocido*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.

(5)- Benjamin Ward Richardson citado en Paolo Sica, *Historia del Urbanismo,* T.2, IAEL, Madrid, 1981, p.1110.

(6)- Richard Sennett; *Carne y piedra*, Alianza, Madrid, 1997.

(7)- Georges Teyssot; "Per une genealogia dei tipi: la casa per tutti" (pp.IX-CIII), en Roger GUERRAND, *Le origini della questioni delle habitazioni in Francia Officina Edizioni*, Roma, 1981, p.XI.

(8)- Georges Vigarello; Lo limpio y lo sucio. *La higiene del cuerpo desde la Edad Media*, Alianza, Madrid, 1991, p.187.

(9)- Aquiles Sioen; *op. cit*., p.21.

(10)- Alicia Novick; "Avenidas", en Jorge Liernur y Fernando Aliata; *Diccionario histórico de la arquitectura, el hábitat y la ciudad en la Argentina*, en prensa.

(11)- Julio Verne; *op. cit.*, p.31

(12)- Sthaldstadt, también ha sido vista como una anticipación de Verne de lo que serían los campos de concentración nazis.

(13)- Eduardo Gruner, "La rama dorada y la hermandad de las hormigas" (pp.1-4), *Punto de Vista* N°42, Buenos Aires, 1992, p.3.

(14)- Ver Fernando Aliata (comp.), *Carlo Zucchi y el neoclasicismo en el Río de la Plata*, Eudeba, Buenos Aires, 1998. En particular el capítulo del mismo autor titulado

"Lenguaje arquitectónico, republicanismo y proyecto urbano en el Buenos Aires Post-revolucionario", pp.69-78.

(15)- Se trataba del Doctor Julio Casal, un discípulo de Wilde, el más renobrado higienista argentino de fines del siglo XIX que integró la Comisión conformada para elegir el sitio más conveniente para levantar La Plata.

(16)- *La Plata*; La Plata, 9 de marzo de 1885.

(17)- *El Día*; La Plata, 19 de noviembre de 1932